

Durante varios días seguidos, jirones de un ejército derrotado habían pasado por la ciudad. No eran tropas, sino hordas desordenadas. Los hombres tenían barbas largas y sucias, uniformes andrajosos, y se movían a paso lento, sin bandera, sin regimiento. Todos parecían abrumados, agotados, incapaces de pensar o resolver, caminando sólo por costumbre, y cayendo de fatiga tan pronto como se detenían. Se veía, sobre todo, a la gente movilizada y pacífica, a los tranquilos jubilados, que se doblaban bajo el peso del fusil; pequeñas turbas alertas, fáciles de asustar y rápidas de entusiasmar, dispuestas tanto a atacar como a huir; Luego, en medio de ellos, unos calzones rojos, los restos de una división triturada en una gran batalla; oscuros artilleros alineados con varios soldados de infantería; y, a veces, el casco brillante de un dragón de pies pesados que seguía con dificultad la marcha más ligera de los lignardos.

Legiones de inconformistas con nombres heroicos: "los Vengadores de la Derrota - los Ciudadanos de la Tumba - los Divisores de la Muerte" - pasaron a su vez, con aspecto de bandidos.

Sus jefes, antiguos comerciantes de telas o semillas, ex comerciantes de grasa o jabón, guerreros de circunstancias, llamados oficiales por sus coronas o por la longitud de sus bigotes, cubiertos de armas, franelas y trenzas, hablaban con voz sonora, discutían los planes de campaña y pretendían sostener a la Francia agonizante solo sobre sus hombros jactanciosos; pero a veces temían a sus propios soldados, gente de saco y cuerda, que a menudo eran excesivamente valientes, saqueadores y libertinos.

Se decía que los prusianos iban a entrar en Ruan.

La Guardia Nacional, que durante dos meses había estado haciendo reconocimientos muy cuidadosos en los bosques vecinos, a veces disparando a sus propios centinelas, y preparándose para la batalla cuando un pequeño conejo se movía bajo la maleza, había regresado a sus hogares. Sus armas, sus uniformes, toda su parafernalia asesina, con la que solía atemorizar los límites de las carreteras nacionales en tres leguas a la redonda, habían desaparecido de repente.

Los últimos soldados franceses habían cruzado por fin el Sena para ganar Pont-Audemer por Saint-Sever y Bourg-Achard; y, marchando detrás de todos ellos, el general, desesperado, incapaz de intentar nada con estos harapos dispares, angustiado él mismo en la gran debacle de un pueblo acostum-

brado a la victoria y desastrosamente vencido a pesar de su legendaria valentía, se alejó a pie, entre dos oficiales.

Entonces, una profunda calma, una expectativa asustada y silenciosa se había cernido sobre la ciudad. Muchos burgueses panzones, emasculados por el comercio, esperaban ansiosos a los vencedores, temblando por si sus asadores o sus grandes cuchillos de cocina eran considerados un arma.

La vida parecía haberse paralizado; las tiendas estaban cerradas, la calle silenciosa. A veces, algún habitante, intimidado por este silencio, corría rápidamente por las paredes.

La angustia de la espera hacía desear la llegada del enemigo.

En la tarde del día siguiente a la salida de las tropas francesas, unos pocos uhlands, procedentes de quién sabe dónde, cruzaron la ciudad con rapidez. Luego, un poco más tarde, una masa negra descendió desde la côte Sainte-Catherine, mientras que otras dos corrientes invasoras aparecieron por los caminos de Darnetal y Boisguillaume. Las vanguardias de los tres cuerpos, justo en el mismo momento, se unieron en la Place de l'Hôtel-de-Ville; y a través de todas las calles vecinas llegó el ejército alemán, desplegando sus batallones que hacían sonar los adoquines bajo su duro y rítmico paso.

Las órdenes gritadas con una voz desconocida y gutural recorrieron las casas que parecían muertas y desiertas, mientras detrás de las persianas cerradas los ojos vigilaban a estos hombres victoriosos, dueños de la ciudad, de las fortunas y de las vidas, por el "derecho de la guerra". Los habitantes, en sus oscuros aposentos, tenían el pánico propio de los cataclismos, las grandes convulsiones asesinas de la tierra, contra las que toda sabiduría y fuerza son inútiles. Pues la misma sensación reaparece cada vez que se trastoca el orden establecido de las cosas, cuando la seguridad ya no existe, cuando todo lo que está protegido por las leyes del hombre o de la naturaleza queda a merced de una brutalidad inconsciente y feroz. El terremoto aplasta a todo un pueblo bajo las casas que se desmoronan; el río desbordado arrastrando a los campesinos ahogados con los cadáveres de los bueyes y las vigas arrancadas de los tejados, o el glorioso ejército masacrando a los que se defienden, tomando prisioneros a los demás, saqueando en nombre de la Espada y dando gracias a un Dios al son del cañón, son todos flagelos espantosos que desconciertan toda la creencia en la justicia eterna, toda la

confianza que se nos enseña en la protección del Cielo y en la razón del hombre.

Pero en cada puerta llamaban pequeños destacamentos, que luego desaparecían en las casas. Fue la ocupación después de la invasión. Comenzó el deber de los vencidos de ser gentiles con los vencedores.

Al cabo de un rato, una vez pasado el terror inicial, se instaló una nueva calma. En muchas familias, el oficial prusiano comía en la mesa. A veces se mostraba bien educado y, por cortesía, se compadecía de Francia, diciendo lo mucho que se resistía a participar en esta guerra. Agradeció este sentimiento; un día u otro, su protección podría ser necesaria. Al evitarlo, podríamos tener algunos hombres menos que alimentar. ¿Y por qué hacer daño a alguien de quien se depende completamente? Hacerlo sería menos valentía que temeridad. - Y la imprudencia ya no es un defecto de los burgueses de Ruan, como lo era en la época de las heroicas defensas en las que se distinguía su ciudad. - Por último, se dijo, por la suprema razón de la urbanidad francesa, que seguía siendo lícito ser cortés en la propia casa, siempre que no se mostrara familiaridad con el soldado extranjero en público. Fuera, ya no se conocían, pero en la casa hablaban alegremente, y el alemán se quedaba más tiempo cada noche, calentándose en la chimenea común.

La propia ciudad fue recuperando poco a poco su aspecto habitual. Los franceses aún no habían salido, pero los soldados prusianos pululaban por las calles. Además, los oficiales de los húsares azules, que arrastraban con arrogancia sus grandes herramientas de muerte por la acera, no parecían tener mucho más desprecio por los ciudadanos de a pie que los oficiales de los chasseurs, que el año anterior habían estado bebiendo en los mismos cafés.

Sin embargo, había algo en el aire, algo sutil y desconocido, una atmósfera extranjera intolerable, como un olor generalizado, el olor de la invasión. Llenaba los hogares y las plazas públicas, cambiaba el sabor de la comida, daba la impresión de estar de viaje, muy lejos, entre tribus bárbaras y peligrosas.

Los vencedores exigían dinero, mucho dinero. Los habitantes siempre pagaban, y eran ricos. Pero cuanto más opulento se vuelve un comerciante normando, más sufre por cualquier sacrificio, por cualquier parte de su fortuna que vea pasar a manos de otro.

Sin embargo, dos o tres leguas más abajo de la ciudad, siguiendo el curso del río, hacia Croisset, Dieppedalle o Biessart, los barqueros y pescadores traían a menudo del fondo del agua algún cadáver de un alemán hinchado en su uniforme, muerto por un golpe de cuchillo o de savate, su cabeza aplastada por una piedra, o arrojado al agua por un empujón desde lo alto de un puente. El barro del río enterró estas oscuras, salvajes y legítimas venganzas, heroísmos desconocidos, ataques silenciosos, más peligrosos que las batallas a plena luz del día y sin repercusiones de gloria.

Porque el odio al Extranjero siempre arma a unos cuantos intrépidos dispuestos a morir por una Idea.

Finalmente, como los invasores, a pesar de someter a la ciudad a su inflexible disciplina, no habían realizado ninguno de los horrores que la fama les había hecho cometer a lo largo de su marcha triunfal, se envalentonaron, y la necesidad del comercio volvió a obrar en los corazones de los comerciantes del país. Algunos de ellos tenían grandes intereses en Le Havre, que el ejército francés ocupaba, y querían intentar llegar a ese puerto yendo por tierra hasta Dieppe, donde se embarcarían.

Se empleó la influencia de los oficiales alemanes con los que se habían familiarizado, y se obtuvo el permiso para salir del General en Jefe.

Así que, habiéndose contratado una gran carroza de cuatro caballos para este viaje, y habiéndose inscrito diez personas con el cochero, se resolvió partir un martes por la mañana, antes del amanecer, para evitar cualquier reunión.

La escarcha llevaba tiempo endureciendo la tierra, y el lunes, hacia las tres, grandes nubes negras procedentes del norte trajeron la nieve, que cayó sin interrupción durante toda la tarde y la noche.

A las cuatro y media de la mañana los viajeros se reunieron en el patio del Hotel de Normandía, donde se iba a llevar el carruaje.

Todavía estaban llenos de sueño y temblaban de frío bajo las mantas. No se podía ver bien en la oscuridad; y el montón de pesadas ropas de invierno hacía que todos esos cuerpos parecieran sacerdotes obesos con sus largas sotanas. Pero dos hombres se reconocieron, un tercero se acercó a ellos, charlaron: - "Me llevo a mi mujer", dijo uno. - "Me llevo a mi mujer", dijo uno. - "Y yo también". - El primero añadió: - "No volveremos a Ruan, y si

los prusianos se acercan a Le Havre iremos a Inglaterra. - Todos tenían los mismos planes, siendo de complexión similar.

Sin embargo, el carruaje no tenía arneses. Un pequeño farol, llevado por un mozo de cuadra, salía de vez en cuando de una puerta oscura e inmediatamente desaparecía en otra. Las patas de los caballos golpeaban el suelo, amortiguadas por el estiércol de las camadas, y se oía la voz de un hombre que hablaba a los animales y maldecía en la parte trasera del edificio. Un débil murmullo de campanas anunciaba que los arneses se movían; este murmullo pronto se convirtió en un claro y continuo estremecimiento, puntuado por el movimiento del animal, que a veces se detenía y luego se reanudaba en un repentino tirón acompañado del sonido sordo de un casco herrado golpeando el suelo.

La puerta se cerró de repente. Todo el ruido cesó. Los congelados burgueses se habían callado; permanecían inmóviles y rígidos.

Una cortina ininterrumpida de copos blancos brillaba sin cesar mientras descendía a la tierra; borraba las formas, empolvaba las cosas con una espuma de hielo; y todo lo que se oía en el gran silencio de la tranquila ciudad sepultada bajo el invierno era el vago, indecible y flotante susurro de la nieve que caía, más una sensación que un ruido, una mezcla de átomos de luz que parecía llenar el espacio, cubrir el mundo.

El hombre apareció de nuevo, con su linterna, tirando del extremo de una cuerda a un triste caballo que no venía de buena gana. La colocó contra la caña del timón, ató los cabos y la rodeó durante mucho tiempo para asegurar los arneses, pues sólo podía usar una mano, ya que la otra llevaba su linterna. Cuando iba a buscar al segundo animal, se fijó en aquellos viajeros inmóviles, ya blancos por la nieve, y les dijo: -Por qué no subís al carruaje, al menos estaréis a salvo.

No habían pensado en ello, sin duda, y se precipitaron. Los tres hombres instalaron a sus esposas en la parte de atrás, y luego subieron; luego las otras formas indecisas y veladas tomaron su turno en los últimos asientos sin intercambiar una palabra.

El suelo estaba cubierto de paja donde se hundían los pies. Las señoras del fondo, habiendo traído pequeños calentadores de cobre con un carbón químico, encendieron estos aparatos, y durante algún tiempo, en voz baja,

enumeraron sus ventajas, repitiendo entre ellas cosas que ya conocían desde hacía tiempo.

Por fin, estando el carruaje enjaezado, con seis caballos en lugar de cuatro por la mayor dificultad del tiro, una voz desde fuera preguntó: -¿Están todos? - Una voz desde el interior respondió: - "Sí. - Nos ponemos en marcha.

El coche se movía despacio, lentamente, con pasos muy pequeños. Las ruedas se hundieron en la nieve; todo el tronco gimió con sordos chirridos; los animales se deslizaron, soplaron, echaron humo; y el gigantesco látigo del cochero chasqueó inquieto, revoloteó de un lado a otro, anudándose y desenrollándose como una esbelta serpiente, y mordiendo de repente alguna grupa rebotada que luego se tensó bajo un esfuerzo más violento.

Pero el día fue creciendo imperceptiblemente. Aquellos ligeros copos que un viajero, oriundo de Ruan, había comparado con una lluvia de algodón, ya no caían. Un resplandor sucio se filtraba a través de grandes nubes oscuras y pesadas que hacían más brillante la blancura de la campiña, donde a veces aparecía una línea de altos árboles vestidos de escarcha, a veces una cabaña de paja con un gorro de nieve.

En el coche, nos miramos con curiosidad, a la triste luz de este amanecer.

Al fondo, en los mejores asientos, el señor y la señora Loiseau, comerciantes de vino al por mayor de la calle Grand-Pont, dormitaban, uno frente al otro.

Antiguo empleado de un jefe que había quebrado en los negocios, Loiseau había comprado el negocio y había hecho una fortuna. Vendía vino muy malo y muy barato a los pequeños comerciantes del campo y era conocido entre sus conocidos y amigos como un pícaro empedernido, un auténtico normando lleno de astucia y jovialidad.

Su reputación de embaucador estaba tan consolidada que una noche, en la prefectura, M. Tournel, autor de fábulas y canciones, de ingenio mordaz y fino, una celebridad local, habiendo propuesto a las damas a las que veía un poco adormecidas jugar una partida de "Loiseau vole", la palabra misma voló por los salones del prefecto, y luego, llegando a los de la ciudad, hizo reír a todas las mandíbulas de la provincia durante un mes.

Además, Loiseau era famoso por sus bromas de todo tipo, sus chistes buenos o malos; y nadie podía hablar de él sin añadir inmediatamente: - "Es impagable, este Loiseau.

De pequeña estatura, presentaba una barriga de globo coronada por un rostro rojizo entre dos patillas canosas.

Su mujer, alta, fuerte, decidida, con voz alta y decisión rápida, era el orden y la aritmética del negocio, que animaba con su alegre actividad.

Junto a ellos se encontraba, más digno, perteneciente a una casta superior, M. Carré-Lamadon, un hombre considerable, bien establecido en la industria del algodón, propietario de tres hilanderías, oficial de la Legión de Honor y miembro del Consejo General. Había seguido siendo, durante todo el tiempo del Imperio, líder de la oposición benévola, sólo para hacerse pagar más caro su adhesión a la causa que combatía con armas cortesanas, según su propia expresión. Mme Carré-Lamadon, mucho más joven que su marido, siguió siendo el consuelo de los oficiales de buena familia enviados a Ruan de guarnición.

Se colocó frente a su marido, toda pequeña, toda bonita, toda acurrucada en sus pieles, y miró con ojos apenados el lamentable interior del carruaje.

Sus vecinos, el Conde y la Condesa Hubert de Breville, llevaban uno de los nombres más antiguos y nobles de Normandía. El conde, anciano caballero de gran porte, se esforzaba por acentuar, mediante los artificios de su toilette, su natural parecido con el rey Enrique IV, quien, según una gloriosa leyenda para la familia, había hecho engordar a una dama de Bréville, cuyo marido, por este hecho, se había convertido en conde y gobernador de la provincia.

Compañero de M. Carré-Lamadon en el Consejo General, el conde Hubert representaba al partido orleanista en el departamento. La historia de su matrimonio con la hija de un pequeño armador de Nantes siempre ha sido un misterio. Pero como la condesa tenía un gran aire, entretenía mejor que nadie, e incluso se decía que era amada por uno de los hijos de Luis Felipe, toda la nobleza la celebraba, y su salón seguía siendo el primero del país, el único en el que se conservaba la antigua galantería, y cuya entrada era difícil.

La fortuna de los Brévilles, toda en propiedades, alcanzaba, se decía, quinientas mil libras de renta.

Estas seis personas formaban la parte trasera del carruaje, el lado de la sociedad acomodada, serena y fuerte, de la gente honesta y autorizada que tiene Religión y Principios.

Por una extraña coincidencia, todas las mujeres estaban en el mismo banco; y la Condesa aún tenía como vecinas a dos monjas que rezaban largos rosarios mientras murmuraban Pater y Ave. Una de ellas era vieja, con la cara marcada por la viruela, como si le hubieran disparado en la cara a bocado. El otro, muy enclenque, tenía una bonita y enfermiza cabeza sobre un pecho fítico carcomido por esa fe devoradora que hace a los mártires y a los iluminados.

Frente a las dos monjas, un hombre y una mujer atraen la atención de todos.

El hombre, bien conocido, era Cornudet el demócrata, el terror de la gente respetable. Llevaba veinte años mojando su gran barba roja en los bocadillos de todos los cafés democráticos. Había comido con sus hermanos y amigos una fortuna bastante grande que había heredado de su padre, antiguo confitero, y esperaba con impaciencia que la República obtuviera por fin el lugar que merecían tantos tragos revolucionarios. En Quatre Septembre, tal vez como resultado de una broma, se había creído nombrado prefecto, pero cuando quiso asumir sus funciones, los oficinistas, que seguían siendo los únicos dueños del lugar, se negaron a reconocerlo, lo que le obligó a retirarse. Era un chico muy bueno, inofensivo y servicial, y había trabajado con un ardor incomparable para organizar la defensa. Había cavado agujeros en las llanuras, derribado todos los árboles jóvenes de los bosques vecinos, colocado trampas en todos los caminos y, cuando el enemigo se acercó, satisfecho con sus preparativos, se retiró rápidamente hacia la ciudad.

Ahora pensó en ser aún más útil en Le Havre, donde serían necesarios nuevos atrincheramientos.

La mujer, una de las llamadas galantes, era famosa por su precoz corpulencia, que le había valido el apodo de Bola de Sebo. Era pequeña, redonda por todas partes, gorda hasta las cejas, con los dedos hinchados, estrangula-

dos en los nudillos, como ristras de salchichas cortas; con una piel brillante y tensa, una garganta enorme que sobresalía bajo el vestido, era sin embargo apetecible y popular, tan agradable era su frescura. Su rostro era una manzana roja, un capullo de peonía a punto de florecer; y en él se abrían, por encima, dos magníficos ojos negros, sombreados por grandes y espesas pestañas que proyectaban una sombra; por debajo, una boca encantadora, estrecha, húmeda para besar, provista de brillantes y microscópicos quenotes.

También se decía que estaba llena de cualidades inestimables.

En cuanto la reconocieron, hubo murmullos entre las mujeres honradas, y las palabras "prostituta" y "vergüenza pública" se susurraron tan fuerte que ella levantó la cabeza. Luego miró a sus vecinos con una mirada tan provocadora y atrevida que al instante reinó un gran silencio y todos bajaron la mirada, excepto Loiseau, que la observaba con aire excitado.

Pero pronto se reanudó la conversación entre las tres damas, a las que la presencia de esta chica había hecho repentinamente amistosas, casi íntimas. Tuvieron que hacer, les pareció, como si fuera, un fardo de sus dignidades como esposas frente a esta desvergüenza vendida; porque el amor legal siempre se lo toma con calma con su congénere libre.

También los tres hombres, atraídos por un instinto conservador ante la aparición de Cornudet, hablaron del dinero con cierto tono de desprecio hacia los pobres. El conde Hubert habló de los daños que le habían causado los prusianos, de las pérdidas que le acarrearían el ganado robado y las cosechas perdidas, con la seguridad de un gran señor diez veces millonario de que estos estragos apenas estorbarían un año. M. Carré-Lamadon, que tenía una gran experiencia en la industria del algodón, había tenido la precaución de enviar seiscientos mil francos a Inglaterra, un dinero que calmaba la sed y que guardaba para sí mismo en todo momento. En cuanto a Loiseau, había dispuesto vender a la Intendencia francesa todos los vinos comunes que quedaban en su bodega, por lo que el Estado le debía una formidable suma que pretendía cobrar en El Havre.

Y los tres se miraron amistosamente. Aunque eran de orígenes diferentes, se sentían hermanos en el dinero, en la gran masonería de los que poseen, que hacen sonar el oro metiendo la mano en el bolsillo del pantalón.

El carruaje iba tan despacio que a las diez de la mañana no habían recorrido ni cuatro leguas. Los hombres se bajaron tres veces para subir colinas. Empezaban a preocuparse, porque tenían que almorzar en Tôtes y ahora desesperaban de llegar antes del anochecer. Todo el mundo estaba pendiente de un cabaret en la carretera, cuando el autocar se hundió en un montón de nieve y se tardó dos horas en limpiarlo.

El apetito crecía, perturbando los espíritus; y no se veía ninguna gargota, ningún comerciante de vino, la aproximación de los prusianos y el paso de las hambrientas tropas francesas habían asustado a todas las industrias.

Los caballeros corrieron a buscar las provisiones en las granjas al lado del camino, pero no encontraron allí ni siquiera pan, pues el desafiante campesino escondió sus reservas por miedo a ser saqueado por los soldados que, al no tener nada que poner bajo sus dientes, tomaron por la fuerza lo que descubrieron.

A eso de la una de la tarde, Loiseau anunció que definitivamente tenía un poco de hambre en el estómago. Todos habían sufrido como él durante mucho tiempo; y la violenta necesidad de comer, siempre en aumento, había acabado con las conversaciones.

De vez en cuando, alguien bostezaba; otro le imitaba casi inmediatamente; y cada uno, a su vez, según su carácter, sus modales y su posición social, abría la boca de golpe o modestamente llevando rápidamente la mano delante del agujero abierto del que salía un vapor.

Bola de Sebo se inclinó varias veces como si buscara algo bajo sus enaguas. Dudó un segundo, miró a sus vecinos y luego se sentó en silencio. Las figuras estaban pálidas y tensas. Loiseau dijo que pagaría mil francos por un codillo de jamón. Su mujer hizo un gesto como de protesta; luego se calmó. Siempre sufría al oír hablar de despilfarro de dinero, y ni siquiera entendía las bromas sobre este tema. El hecho es -dijo el conde- que no estoy bien, ¿cómo no iba a pensar en traer provisiones? - Todos se reprochaban de la misma manera.

Sin embargo, Cornudet tenía una petaca llena de ron; ofreció un poco; fue rechazado fríamente. Sólo Loiseau aceptó dos gotas y, cuando le devolvió el frasco, agradeció: "Es bueno igualmente, te calienta y te engaña el apetito. - El alcohol le puso de buen humor y se propuso hacer como en el

barquito de la canción: comerse al más gordo de los viajeros. Esta alusión indirecta a la Bola de Sebo escandalizó a la gente bien educada. No hubo respuesta; sólo Cornudet sonrió. Las dos buenas hermanas habían dejado de musitar su rosario y, con las manos enterradas en sus grandes mangas, permanecían inmóviles, bajando obstinadamente la mirada, ofreciendo sin duda al Cielo el sufrimiento que les enviaba.

Por fin, a las tres, cuando nos encontrábamos en medio de una interminable llanura, sin un solo pueblo a la vista, Bola de Sebo se agachó bruscamente y sacó de debajo del asiento una gran cesta cubierta con una servilleta blanca.

Sacó primero un platito de barro, una tetera de plata fina, y luego un gran cuenco en el que se habían encerrado dos pollos enteros, todos troceados, bajo su gelatina; y en la cesta se veían aún otras cosas buenas envueltas, patés, frutas, dulces, las provisiones preparadas para un viaje de tres días, para no tocar la cocina de las posadas. Cuatro cuellos de botella pasaron entre los paquetes de comida. Cogió un ala de pollo y empezó a comerla delicadamente con uno de los panecillos llamados "Regency" en Normandía.

Todos los ojos estaban puestos en ella. Entonces el olor se extiende, ensanchando las fosas nasales, llevando abundante saliva a la boca con una dolorosa contracción de la mandíbula bajo las orejas. El desprecio de las damas por esta muchacha se hizo feroz, como un impulso de matarla o de arrojarla a ella, a su tetera, a su cesta y a sus provisiones fuera del carruaje a la nieve.

Pero Loiseau devoró la terrina de pollo con los ojos. Dijo: "Qué bien, la señora fue más cuidadosa que nosotros. Hay personas que siempre saben pensar en todo. Ella le miró: "¿Quiere un poco, señor? Es difícil ayunar desde la mañana. Saludó: "Bueno, francamente, no me niego, no puedo soportarlo más. En la guerra como en la guerra, ¿no es así, señora? Y, mirando a su alrededor, añadió: "En momentos como éste, es bueno encontrar gente que te obligue. - Tenía un periódico que extendió para no manchar sus pantalones, y con la punta de una navaja aún alojada en su bolsillo, sacó un muslo todo barnizado de gelatina, lo descuartizó con los dientes y luego lo masticó con tan evidente satisfacción que hubo un gran suspiro de angustia en el carruaje.

Pero Bola de Sebo, con voz humilde y suave, se ofreció a compartir su merienda con las monjas. Ambos aceptaron al instante y, sin levantar la vista, se pusieron a comer rápidamente tras balbucear el agradecimiento. Cornudet tampoco rechazó los ofrecimientos de su vecina, y se formó una especie de mesa con las monjas extendiendo periódicos sobre sus rodillas.

Las bocas se abrían y cerraban incesantemente, tragando, masticando y tragando ferozmente. Loiseau, en su rincón, trabajaba duro y, en voz baja, instaba a su mujer a imitarle. Se resistió durante mucho tiempo y luego, tras un momento de tensión que le recorrió las entrañas, cedió. Entonces, su marido, redondeando su frase, le preguntó a su "encantadora compañera" si le permitía ofrecer una pequeña pieza a la señora Loiseau. Mais oui, certainement, monsieur", dijo con una sonrisa amable, y le tendió la terrina.

Cuando se descorchó la primera botella de clarete surgió un problema: sólo había un vaso. Se pasó de un lado a otro después de haber sido limpiado. Sólo Cornudet, sin duda por galantería, puso sus labios en el lugar aún húmedo de los labios de su vecino.

Entonces, rodeados de gente que comía, asfixiados por los humos de la comida, el Conde y la Condesa de Breville, así como M. y Mme Carré-Lamadon sufrieron esa odiosa tortura que ha mantenido el nombre de Tántalo. De repente, la joven esposa del fabricante lanzó un suspiro que hizo girar las cabezas; estaba tan blanca como la nieve del exterior; sus ojos se cerraron, su frente cayó: había perdido el conocimiento. Su marido, angustiado, imploró a todos que la ayudaran. Todo el mundo estaba perdiendo la cabeza, cuando la mayor de las monjas, sosteniendo la cabeza de la enferma, deslizó el vaso de Bola de Sebo entre sus labios y le hizo tragar unas gotas de vino. La bella dama se revolvió, abrió los ojos, sonrió y dijo con voz moribunda que ya se sentía muy bien. Pero, para que esto no volviera a suceder, la monja la obligó a beber un vaso lleno de clarete, y añadió: -Es el hambre, no otra cosa.

Entonces Bola de Sebo, ruborizado y avergonzado, tartamudeó mirando a los cuatro viajeros que no habían comido: "Dios mío, si me atreviera a ofrecer a estos señores y a estas señoras...". Permaneció en silencio, temiendo un ultraje. Loiseau intervino: "Eh, parbleu, en estos casos todos son hermanos y deben ayudarse mutuamente. Vamos, señoras, sin ceremonia, acepten, ¡qué demonios! ¿Sabemos si encontraremos una casa para pasar la noche?

Por el tren en el que vamos, no estaremos en Tôtes antes del mediodía de mañana. - Hubo algunas dudas, nadie se atrevió a asumir la responsabilidad del "sí".

Pero el Conde decidió la cuestión. Se volvió hacia la gorda intimidada y, asumiendo su gran aire de caballero, le dijo: "Aceptamos con gratitud, señora.

Sólo el primer paso fue costoso. Una vez pasado el Rubicón, nos entregamos a él. La cesta se vació. Todavía contenía un paté de foie gras, un paté de mauviettes, un trozo de lengua ahumada, peras de Crassane, un trozo de Pont-l'Évêque, petits-fours y una taza llena de encurtidos y cebollas en vinagre, ya que a la Bola de Sebo, como a todas las mujeres, le encantaban las verduras crudas.

No se podía comer las provisiones de esta chica sin hablar con ella. Así que charlamos, al principio de forma reservada, y luego, como se comportó muy bien, nos entregamos más. Las señoras de Bréville y Carré-Lamadon, que tenían un gran savoir-vivre, fueron amables y delicadas. La Condesa mostró especialmente esa amable condescendencia de las damas muy nobles que ningún contacto puede ensuciar, y fue encantadora. Pero la fuerte Mme. Loiseau, que tenía alma de gendarme, seguía siendo hosca, hablando poco y comiendo mucho.

Hablamos de la guerra, naturalmente. Contaban las horribles hazañas de los prusianos, la valentía de los franceses; y toda esta gente que huía rendía homenaje al valor de los demás. Pronto empezaron las anécdotas personales, y Bola de Sebo contó, con verdadera emoción, con esa calidez de palabra que a veces tienen las chicas para expresar sus arrebatos naturales, cómo había dejado Ruan: "Al principio pensé que podría quedarme", dijo. Tenía mi casa llena de provisiones, y prefería alimentar a unos cuantos soldados que ir a no sé dónde. Pero cuando los vi, esos prusianos, no pude evitarlo. Me revolvieron la sangre de ira; y lloré de vergüenza todo el día. ¡Oh, si fuera un hombre, vamos! Los miré desde mi ventana, esos grandes cerdos con sus cascos de púas, y mi criada me sujetó las manos para evitar que les tirara mis muebles. Luego, algunos vinieron a quedarse conmigo; entonces salté al cuello del primero. No son más difíciles de estrangular que otros. Y lo habría terminado si no me hubieran tirado del pelo. Tuve que esconderme

después de eso. Finalmente, cuando encontré una oportunidad, me fui y aquí estoy.

Fue muy elogiada. Crecía en la estima de sus compañeros, que no se habían mostrado tan craneales; y Cornudet, al escucharla, mantenía una sonrisa aprobatoria y benévola de apóstol; igual que un sacerdote escucha a un devoto alabar a Dios, pues los demócratas de barba larga tienen el monopolio del patriotismo como los hombres con sotana lo tienen de la religión. Habló a su vez en tono doctrinario, con el énfasis aprendido de las proclamas que se pegaban en las paredes cada día, y terminó con una pieza de elocuencia en la que atajó magistralmente a ese "canalla de Badinguet".

Pero Bola de Sebo se enfadó inmediatamente, pues era bonapartista. Se puso más roja que un gafe y, tartamudeando de indignación: "Me hubiera gustado veros en su lugar, vosotros. Habría estado limpio, ¡oh sí! ¡Ustedes son los que lo traicionaron, ese hombre! ¡Sólo tendríamos que salir de Francia si nos gobernaran bribones como tú! Cornudet, impasible, mantenía una sonrisa desdeñosa y de superioridad, pero uno sentía que las palabrotas iban a llegar cuando el conde se interpuso y calmó, no sin dificultad, a la exasperada muchacha, proclamando con autoridad que todas las opiniones sinceras eran respetables. Sin embargo, la condesa y el fabricante, que tenían en su alma el odio irracional de las personas decentes hacia la República, y esa ternura instintiva que todas las mujeres alimentan hacia los gobiernos despóticos, se sintieron, a pesar de ellos, atraídos por esta digna prostituta, cuyos sentimientos se parecían tanto a los suyos.

La cesta estaba vacía. Los diez lo habíamos vaciado sin dificultad, lamentando que no fuera más grande. La conversación continuó durante algún tiempo, aunque se había enfriado un poco desde que terminaron de comer.

La noche caía, la oscuridad se hacía poco a poco profunda, y el frío, más notable durante las digestiones, hacía temblar a Bola de Sebo, a pesar de su gordura. Entonces Mme. de Bréville le ofreció su calentador, cuyo carbón había sido renovado varias veces desde la mañana, y la otra aceptó de inmediato, pues sentía que se le congelaban los pies. Las señoras Carré-Lamadon y Loiseau entregaron las suyas a las monjas.

El cochero había encendido sus linternas. Las linternas brillaban en una nube de niebla sobre la grupa sudorosa de los conductores, y a ambos lados

de la carretera la nieve parecía desenrollarse bajo el reflejo móvil de las luces.

Ya no era posible distinguir nada en el carruaje; pero de repente se produjo un movimiento entre Bola de Sebo y Cornudet; y Loiseau, cuyo ojo buscaba en las sombras, creyó ver al hombre de la gran barba alejarse rápidamente como si hubiera recibido algún buen golpe lanzado sin ruido.

Pequeños puntos de fuego aparecieron por delante en la carretera. Era Tôtes. Habíamos caminado once horas, lo que, con las dos horas de descanso que les quedaban a los caballos para comer avena y respirar, hacían catorce. Entramos en la ciudad y frente al Hotel du Commerce nos detenemos.

¡La puerta se abrió! Un sonido familiar sobresaltó a todos los viajeros; era el choque de una vaina de sable contra el suelo. Inmediatamente una voz de alemán gritó algo.

Aunque el autocar estaba parado, nadie se bajó, como si esperaran ser masacrados al salir. Entonces apareció el conductor, llevando en la mano uno de sus faroles, que iluminó de repente las dos filas de cabezas asustadas, que tenían la boca abierta y los ojos muy abiertos por la sorpresa y el horror.

Junto al cochero se encontraba, a plena luz, un oficial alemán, un joven alto, excesivamente delgado y rubio, vestido con su uniforme como una chica con su corsé, y llevando a su lado su gorra plana y encerada, que le hacía parecer el cazador de un hotel inglés. Su desproporcionado bigote, con largos pelos lisos, que se adelgazaban indefinidamente a cada lado y terminaban en un único hilo rubio, tan fino que no se podía ver su final, parecía pesar sobre las comisuras de la boca y, tirando de la mejilla, imprimía a los labios un pliegue caído.

Invitó a los viajeros a marcharse en francés alsaciano, diciendo en tono rívido: "Foulez-vous tescentre, messieurs et tames?"

Las dos buenas hermanas obedecieron primero con la docilidad de las niñas santas acostumbradas a toda sumisión. Aparecieron entonces el conde y la condesa, seguidos por el fabricante y su esposa, y luego por Loiseau, que empujaba su gran medio delante de él. Éste, al poner el pie en tierra, dijo al oficial: "Buenos días, señor", por un sentimiento de prudencia más que de

cortesía. El otro, insolente como son las personas todopoderosas, le miró sin responder.

Bola de Sebo y Cornudet, aunque cerca de la puerta, bajaron los últimos, serios y altivos ante el enemigo. La gorda trató de dominarse y tranquilizarse: el demócrata se atoró la larga barba rojiza con una mano trágica y algo temblorosa. Quisieron conservar su dignidad, comprendiendo que en estas reuniones cada uno representa un poco a su país; e igualmente revuelta por la flexibilidad de sus compañeros, ella trató de mostrarse más orgullosa que sus vecinas, las mujeres honradas, mientras que él, sintiendo que debía dar ejemplo, continuó en toda su actitud su misión de resistencia iniciada al romper los caminos.

Entraron en la amplia cocina de la posada, y el alemán, después de haberle presentado la autorización de salida firmada por el general en jefe y en la que se mencionaban los nombres, la descripción y la profesión de cada viajero, examinó detenidamente a todas estas personas, comparándolas con la información escrita.

Luego dijo bruscamente: "Está bien", y desapareció.

Entonces respiramos. Todavía teníamos hambre; se pidió la cena. Se necesitó media hora para prepararlo, y mientras dos sirvientes parecían estar ocupados en ello, se visitaron las habitaciones. Estaban todos en un largo pasillo que terminaba con una puerta de cristal marcada con un número.

Por fin estábamos a punto de sentarnos a cenar, cuando apareció el propio dueño de la posada. Era un antiguo comerciante de caballos, un hombre gordo con asma, que siempre estaba resollando, ronco y con mocos en la laringe. Su padre le había dado el nombre de Follenvie.

Preguntó:

- ¿Mademoiselle Élisabeth Rousset?

Bola de Sebo se estremeció y se dio la vuelta:

- Soy yo.

- Mademoiselle, el oficial prusiano quiere hablar con usted inmediatamente.

- ¿A mí?

- Sí, si usted es realmente Mademoiselle Elisabeth Rousset.

Se quedó confusa, pensó un segundo y luego dijo, sin rodeos:

- Es posible, pero no iré.

Un movimiento surgió a su alrededor; todos discutían, buscando la causa de esta orden. El Conde se acercó:

- Se equivoca, señora, pues su negativa puede causar considerables dificultades, no sólo para usted, sino incluso para todos sus compañeros. Nunca debes resistirte a los más fuertes. Este paso no puede presentar ningún peligro; es sin duda para alguna formalidad olvidada.

Todos se unieron a él, le rogaron, la presionaron, la aleccionaron y, finalmente, la convencieron, pues todos temían las complicaciones que podrían derivarse de una precipitación. Al final dijo:

- Lo hago por ti, por supuesto.

La Condesa le tomó la mano:

- Y se lo agradecemos.

Salió. Esperaron a que se sentara a la mesa. Todos lamentaban que no se les hubiera pedido que ocuparan el lugar de esta chica violenta e irascible, y preparaban mentalmente perogrulladas por si la llamaban a su vez.

Pero al cabo de diez minutos volvió, resoplando, con la cara roja y exasperada. Ella tartamudeó: "¡Oh, el sinvergüenza! ¡El sinvergüenza!

Todos se apresuraron a saberlo, pero ella no dijo nada; y como el Conde insistió, respondió con gran dignidad: "No, no es asunto suyo, no puedo hablar."

Luego se sentaron alrededor de una sopera alta de la que salía el aroma de la col. A pesar de esta alarma, la cena fue alegre. La sidra era buena, y la casa Loiseau y las buenas hermanas tomaron un poco, por economía. Los demás pidieron vino; Cornudet, cerveza. Tenía una forma particular de descorchar la botella, de espumar el líquido, de considerarlo inclinando el vaso, que luego levantaba entre la lámpara y su ojo para apreciar el color. Cuando bebía, su gran barba, que había conservado el tono de su amada bebida, parecía crisparse de ternura; sus ojos se entrecerraban para no perder de vista su taza, y parecía cumplir la única función para la que había nacido. Parecía

como si estuviera estableciendo en su mente una conexión y afinidad entre las dos grandes pasiones que ocupaban toda su vida: la Pale Ale y la Revolución; y ciertamente no podía probar la una sin pensar en la otra.

El Sr. y la Sra. Follenvie estaban cenando en el extremo de la mesa. El hombre, refunfuñando como una locomotora cansada, tenía demasiada corriente de aire en el pecho para poder hablar mientras comía: pero la mujer nunca se calló. Contó todas sus impresiones sobre la llegada de los prusianos, lo que hacían, lo que decían, odiándolos, primero, porque le costaban dinero y, segundo, porque tenía dos hijos en el ejército. Se dirigió especialmente a la Condesa, que se sintió halagada por hablar con una dama de calidad.

Luego bajaba la voz para decir cosas delicadas, y su marido la interrumpía de vez en cuando:

- Será mejor que se calle, Madame Follenvie.

Pero ella no se dio por aludida y continuó:

- Sí, señora, esta gente sólo come patatas y cerdo, y luego cerdo y patatas. Y no debes pensar que están limpios. - ¡Oh, no! - Tiran basura por todas partes, con todo el respeto. Y si los vieras ejercitarse durante horas y días; están todos allí en un campo: - y caminan hacia adelante, y caminan hacia atrás, y giran hacia este lado, y giran hacia aquel lado. - Si cultivaran la tierra o trabajaran en las carreteras de su país. - ¡Pero no, señora, estos soldados no benefician a nadie! ¿Acaso la pobre gente tiene que alimentarlos para que aprendan nada más que a masacrar? - Sólo soy una vieja inculta, es cierto, pero cuando los veo desbocarse de la mañana a la noche, me digo: "Cuando hay gente que hace tantos descubrimientos para ser útil, ¿deben otros tomarse tantas molestias para ser perjudicial! Realmente, ¿no es una abominación matar a la gente, ya sean prusianos, o ingleses, o polacos, o franceses? - Si te vengas de alguien que te ha agraviado, eso es malo, ya que te condenas; pero cuando exterminamos a nuestros chicos como si fueran de caza, con armas de fuego, eso es bueno, ya que damos condecoraciones al que más destruye? - No, verás, ¡nunca lo entenderé!

Cornudet levantó la voz:

- La guerra es una barbarie cuando se ataca a un vecino pacífico; es un deber sagrado cuando se defiende a la patria.

La anciana bajó la cabeza:

- Sí, cuando uno se defiende, es otra cosa; pero ¿no deberíamos más bien matar a todos los reyes que lo hacen por gusto?

El ojo de Cornudet se iluminó:

- Bravo, ciudadano", dijo.

M. Carré-Lamadon estaba pensando profundamente. Aunque era fanático de los capitanes ilustres, el buen sentido de esta campesina le hizo pensar en la opulencia que aportarían a un país tantos brazos desocupados y, en consecuencia, ruinosos, tantas fuerzas improductivas que se mantienen, si se emplearan en las grandes obras industriales que tardarán siglos en completarse.

Pero Loiseau, dejando su lugar, fue a charlar tranquilamente con el posadero. El gordo reía, tosía, escupía; su enorme barriga saltaba de alegría ante las bromas de su vecino, y le compró seis botellas de clarete para la primavera, cuando los prusianos se hubieran ido.

Apenas terminó la cena, y como todos estábamos agotados, nos fuimos a la cama.

Sin embargo, Loiseau, que había estado observando las cosas, mandó acostar a su mujer, y luego pegó el oído y el ojo al ojo de la cerradura, para tratar de descubrir lo que él llamaba "los misterios del corredor".

Al cabo de una hora, oyó un susurro, miró rápidamente a su alrededor y vio a Bola de Sebo, que parecía aún más retraída bajo una bata de cachemira azul bordada con encaje blanco. Llevaba un candelabro en la mano y se dirigía al gran número que había al final del pasillo. Pero se abrió la puerta de al lado, y cuando regresó al cabo de unos minutos, Cornudet, con tirantes, la siguió. Hablaron en voz baja y luego se detuvieron. Bola de Sebo parecía defender la entrada de su habitación con energía. Loiseau, desgraciadamente, no pudo oír las palabras, pero al final, cuando levantaron la voz, pudo captar algunas. Cornudet insistió vivamente. Dijo:

- Veamos, eres estúpido, ¿qué te importa?

Ella parecía indignada y contestó:

- No, querida, hay veces que esas cosas no se hacen; y entonces, aquí, sería una pena.

No lo entendió, sin duda, y preguntó por qué. Luego se dejó llevar y volvió a levantar la voz:

- ¿Por qué? ¿No entiendes por qué? ¿Cuando hay prusianos en la casa, en la habitación de al lado, quizás?

Se quedó en silencio. Esta modestia patriótica de una puta que no se dejaba acariciar cerca del enemigo debió de despertar en su corazón su desvanecida dignidad, pues, después de haberla besado solamente, volvió a su puerta a paso de tortuga.

Loiseau, muy excitado, dejó la cerradura, golpeó un entrechat en su habitación, se puso el madrás, levantó la sábana bajo la cual yacía el duro cadáver de su compañera, a la que despertó con un beso, murmurando: "¿Me quieres, cariño?"

Entonces toda la casa se quedó en silencio. Pero pronto surgió en algún lugar, en una dirección indeterminada, que podía ser tanto el sótano como el ático, un ronquido potente, monótono y regular, un ruido sordo y prolongado, con los temblores de una caldera bajo presión. El Sr. Follenvie estaba durmiendo.

Como se había decidido que partiéramos a las ocho del día siguiente, todos estaban en la cocina; pero el carruaje, cuya cubierta tenía un techo de nieve, permanecía solitario en medio del patio, sin caballos ni conductor. Buscaron en vano al conductor en los establos, en el forraje, en los cobertizos. Entonces todos los hombres decidieron vencer al país y salieron. Se encontraron en la plaza, con la iglesia al fondo y, a ambos lados, casas bajas donde se veían soldados prusianos. El primero que vieron estaba pelando patatas. El segundo, más adelante, lavaba la barbería. Otro, con barba hasta los ojos, besaba a un bebé que lloraba y lo acunaba en su regazo para tratar de calmarlo; y las gordas campesinas cuyos hombres estaban en el "ejército de guerra" indicaban por señas a sus obedientes vencedores el trabajo que había que realizar: partir leña, remojar sopa, moler café; una de ellas incluso lavaba la ropa de su anfitriona, una abuela impotente.

El conde, asombrado, interrogó al mayordomo que salía del presbiterio. La vieja rata de iglesia respondió: "Oh, esos no son malos; no son prusianos, según he oído. Son de más lejos; no sé de dónde; y todos han dejado esposas e hijos en casa; no les hace gracia la guerra, ¡vamos! Seguro que

allí también lloran después de los hombres; y les proporcionará mucha miseria como a nosotros. Aquí, todavía, no estamos demasiado descontentos por el momento, porque no hacen ningún daño y trabajan como si estuvieran en sus casas. Verá, señor, entre pobres tenemos que ayudarnos... Son los mayores los que hacen la guerra.

Cornudet, indignado por el acuerdo cordial establecido entre vencedores y vencidos, se retiró y prefirió encerrarse en la posada. Loiseau se rió: "Están repoblando. M. Carré-Lamadon dijo unas palabras muy serias: "Están reparando. Pero el cochero no pudo ser encontrado. Al final fue descubierto en el café del pueblo, sentado fraternalmente con el ordenanza del oficial. El Conde le llamó:

- ¿No te habían ordenado enganchar el carruaje a las ocho?
- Ah, sí, pero desde entonces me han dado otra.
- ¿Qué fue?
- Para no enganchar en absoluto.
- ¿Quién le ha dado esta orden?
- Bueno, el comandante prusiano.
- ¿Por qué lo hizo?
- No sé por qué. Ve y pregúntale. Se me prohíbe enganchar, no engancho.
- Eso es todo.
- ¿Te lo dijo él mismo?
- No, señor, fue el posadero quien me dio la orden de él.
- ¿Cuándo lo hizo?
- Anoche, mientras me iba a la cama.

Los tres hombres volvieron muy preocupados.

Preguntaron por el señor Follenvie, pero la criada respondió que el señor, debido a su asma, nunca se levantaba antes de las diez. Incluso había prohibido formalmente despertarle antes, salvo en caso de incendio.

Querían ver al oficial, pero esto era absolutamente imposible, aunque se alojaba en la posada, y sólo el señor Follenvie estaba autorizado a hablar

con él sobre asuntos civiles. Así que esperamos. Las mujeres volvieron a sus habitaciones, y las trivialidades las ocuparon.

Cornudet se sentó bajo la alta chimenea de la cocina, donde ardía un gran fuego. Hizo que le trajeran una de las mesitas del café, una lata, y sacó su pipa, que era tenida en casi igual estima entre los demócratas, como si hubiera servido a la patria sirviendo a Cornudet. Era una magnífica pipa de espuma de mar, admirablemente descarada, tan negra como los dientes de su dueño, pero fragante, curvada, brillante, familiar a su mano, y que completaba su fisonomía. Y permaneció inmóvil, con los ojos fijos a veces en la llama del hogar, a veces en la espuma que coronaba su jarra; y cada vez que había bebido, pasaba con aire satisfecho sus largos y delgados dedos por su larga y grasieta cabellera mientras olía su bigote orlado de espuma.

Loiseau, con el pretexto de estirar las piernas, fue a colocar un poco de vino en los estancos locales. El conde y el fabricante comenzaron a hablar de política. Prevén el futuro de Francia. Uno creía en los d'Orléans, el otro en un salvador desconocido, un héroe que se revelaría cuando todo estuviera desesperado: ¿un du Guesclin, una Juana de Arco quizás? u otro Napoleón I? ¡Ah! ¡Si el príncipe imperial no fuera tan joven! Cornudet, al escucharlos, sonrió como un hombre que conoce la palabra del destino. Su pipa perfumaba la cocina.

Cuando dieron las diez, apareció el señor Follenvie. Lo interrogaron rápidamente; pero sólo pudo repetir dos o tres veces, sin variación, estas palabras: "El oficial me dijo así: 'Monsieur Follenvie, usted prohibirá que el carro de estos viajeros sea enjaezado mañana. No quiero que se vayan sin mi pedido. Puedes oírme. Eso es suficiente.

Así que querían ver al oficial. El conde le envió su tarjeta a la que M. Carré-Lamadon añadió su nombre y todos sus títulos. El prusiano contestó que permitiría a estos dos hombres hablar con él cuando almorzara, es decir, hacia la una.

Las señoras volvieron y se comió algo, a pesar de la ansiedad. Bola de Sebo parecía enfermo y prodigiosamente perturbado.

Estábamos terminando nuestro café cuando el ordenanza vino a buscar a los caballeros.

Loiseau se unió a los dos primeros; pero cuando trataron de arrastrar a Cornudet para que diera más solemnidad a su acercamiento, éste declaró con orgullo que tenía la intención de no tener nunca ninguna relación con los alemanes; y volvió a su chimenea, pidiendo otra lata.

Los tres hombres subieron y fueron conducidos a la mejor habitación de la posada, donde el oficial los recibió, recostado en un sillón, con los pies sobre la repisa de la chimenea, fumando una larga pipa de porcelana y envuelto en una bata encendida, robada sin duda de la vivienda abandonada de algún burgués de pacotilla. No se levantó, no los saludó, no los miró. Presentó una magnífica muestra de la cadencia natural del soldado victorioso.

Después de unos momentos, finalmente dijo:

- ¿Qué estás haciendo?

El conde tomó la palabra:

- Deseamos irnos, señor.

- No, no lo hacemos.

- ¿Me atrevo a preguntarle por qué se niega?

- Porque no disparas.

- Me gustaría señalarle respetuosamente, señor, que su General en Jefe nos ha dado permiso para partir hacia Dieppe; y no creo que hayamos hecho nada para merecer su rigor.

- Che ne feux pas... eso es todo... Fous poufez tescentre.

Los tres se inclinaron y se retiraron.

La tarde fue lamentable. Nadie entendía nada de este capricho alemán; y las ideas más peculiares confundían las cabezas. Todos se quedaron en la cocina y hablaron sin parar, imaginando cosas increíbles. Tal vez querían mantenerlos como rehenes, pero ¿con qué propósito? - ¿O iban a ser tomados como prisioneros? ¿O más bien iban a ser retenidos por un rescate considerable? Ante este pensamiento, les entró el pánico. Los más ricos fueron los más asustados, al verse ya obligados a verter bolsas llenas de oro en manos de este insolente soldado para comprar sus vidas. Se devanaban los sesos para encontrar mentiras aceptables, para ocultar su riqueza, para hacerse pasar por pobres, muy pobres. Loiseau se quitó la cadena del reloj y la es-

condió en el bolsillo. La noche que caía aumentaba las aprensiones. Se encendió la lámpara y, como aún faltaban dos horas para la cena, la señora Loiseau propuso una partida de treinta y uno. Sería una distracción. Aceptamos. El propio Cornudet, tras apagar su pipa por cortesía, participó.

El conde barajó las cartas - dio - Bola de Sebo tenía treinta y uno al instante; y pronto el interés del juego disipó el miedo que acechaba a los espíritus. Pero Cornudet se dio cuenta de que la casa Loiseau estaba de acuerdo en hacer trampa.

Cuando estaban a punto de sentarse a la mesa, reapareció M. Follenvie; y, con su voz cascajosa, pronunció: "El oficial prusiano ha preguntado a la señorita Elisabeth Rousset si no ha cambiado de opinión todavía.

Bola de Sebo se quedó pálida; luego, poniéndose repentinamente colorada, se atragantó con tal ira que no pudo hablar. Por fin estalló: "Le dirás a este canalla, a este bastardo, a esta escoria prusiana, que nunca lo querré; entiendes, nunca, nunca, nunca.

El gordo posadero se fue. Entonces, Bola de Sebo fue rodeada, interrogada, y todos le pidieron que revelara el misterio de su visita. Ella se resistió al principio; pero la exasperación no tardó en dominar: "¿Qué quiere? ¡Quiere dormir conmigo! Nadie se escandalizó por la palabra, tan fuerte era la indignación. Cornudet rompió su jarra de cerveza y la devolvió a la mesa con violencia. Era un clamor de reprobación contra este innoble sobornador, un soplo de ira, una unión de todos para la resistencia, como si a cada uno se le pidiera compartir el sacrificio que se le exigía. El conde declaró con disgusto que esa gente se comportaba como los antiguos bárbaros. Las mujeres, especialmente, mostraron una conmiseración enérgica y cariñosa de Bola de Sebo. Las monjas, que sólo se dejaban ver en las comidas, habían bajado la cabeza y no decían nada.

Sin embargo, cenaron cuando la primera furia se había calmado; pero se habló poco: estaban pensando.

Las damas se retiraron pronto; y los hombres, mientras fumaban, organizaron una fiesta a la que se invitó a M. Follenvie, a quien pretendían interrogar hábilmente sobre los medios a emplear para vencer la resistencia del oficial. Pero él sólo pensaba en sus cartas, sin escuchar nada, sin contestar nada; y repetía: "Al juego, señores, al juego. Su atención era tan intensa que

se olvidaba de escupir, lo que a veces le ponía puntos de órgano en el pecho. Sus pulmones sibilantes presentaban toda la gama del asma, desde notas graves y profundas hasta la ronquera de los gallos jóvenes que intentan cantar.

Incluso se negó a subir cuando su mujer, que se había quedado dormida, vino a buscarle. Así que se fue sola, porque ella era una "persona de la mañana", siempre levantada con el sol, mientras que su hombre era una "persona de la tarde", siempre dispuesto a pasar la noche con los amigos. Le gritó: "Pondrás mi ponche de huevo frente al fuego", y volvió a su juego. Cuando quedó claro que no se podía ganar nada, se declaró la hora de irse, y todos se fueron a sus camas.

Al día siguiente nos levantamos bastante temprano con una esperanza indeterminada, un mayor deseo de salir, un temor al día que iba a pasar en aquella horrible posada.

Los caballos permanecieron en el establo, el cochero permaneció invisible. Fuimos, por ociosidad, a pasear por el carruaje.

El almuerzo fue muy triste; y fue como si un escalofrío se hubiera instalado con respecto a la Bola de Sebo, pues la noche, que aconseja, había modificado un poco los juicios. Era casi como si ahora estuvieran enfadados con la chica por no haber ido en secreto al Prusés, para dar a sus compañeros una agradable sorpresa cuando se despertaran. ¿Qué puede ser más sencillo? ¿Quién iba a saberlo? Podría haber salvado las apariencias haciendo que el oficial dijera que le daban pena. Para ella, ¡importaba tan poco!

Pero nadie admitía aún estos pensamientos.

Por la tarde, como se aburrían mucho, el conde propuso un paseo por el pueblo. Todos se abrigaron cuidadosamente y la pequeña compañía se puso en marcha, excepto Cornudet, que prefirió quedarse junto al fuego, y las monjas, que pasaban el día en la iglesia o en casa del párroco.

El frío, cada vez más intenso, les picaba cruelmente la nariz y los oídos; los pies les dolían tanto que cada paso era un dolor; y cuando el campo aparecía a la vista, se mostraba tan espantosamente sombrío bajo aquella blancura sin límites, que todos se volvían enseguida, con el alma helada y el corazón apretado.

Las cuatro mujeres iban delante, los tres hombres les seguían un poco por detrás.

Loiseau, que comprendía la situación, preguntó de repente si esa "zorra" iba a hacerles permanecer en ese lugar durante mucho más tiempo. El Conde, siempre cortés, dijo que un sacrificio tan doloroso no podía exigirse a una mujer, y que debía venir de ella misma. M. Carré-Lamadon observó que si los franceses hacían, como estaba en cuestión, un retorno ofensivo por Dieppe, la reunión sólo podría tener lugar en Tôtes. Este pensamiento hizo que los otros dos se preocuparan. - Si huimos a pie", dijo Loiseau. El conde se encogió de hombros: "¿Piensas en eso, con esta nieve, con nuestras mujeres? Y entonces nos perseguían inmediatamente, nos alcanzaban en diez minutos y nos traían como prisioneros a merced de los soldados. - Era cierto; estábamos en silencio.

Las señoras hablaban de aseo; pero un cierto apremio parecía desunirlas.

De repente, al final de la calle, apareció el oficial. Sobre la nieve que cerraba el horizonte, perfilaba su alta cintura de avispa en el uniforme, y caminaba, con las rodillas separadas, con ese movimiento propio de los soldados que se esfuerzan por no manchar sus botas cuidadosamente pulidas.

Se inclinó al pasar junto a las damas y miró con desdén a los hombres, que además tuvieron la dignidad de no descubrirse, aunque Loiseau hizo un gesto para quitarse el tocado.

La Bola de Sebo se había puesto roja hasta las orejas; y las tres mujeres casadas sintieron una gran humillación al ser encontradas así por este soldado, en compañía de esta muchacha a la que había tratado tan caballerosamente.

Entonces hablaron de él, de su aspecto, de su rostro. La señora Carré-Lamadon, que había conocido a muchos oficiales y que los juzgaba como una experta, no encontró a éste nada mal; incluso lamentó que no fuera francés, porque sería un húsar muy bonito al que todas las mujeres amarían sin duda.

Una vez en casa, no sabíamos qué hacer. Incluso se intercambiaron palabras agrias sobre cosas insignificantes. La cena fue silenciosa y no duró mucho, y todos se fueron a la cama, esperando dormir para matar el tiempo.

Al día siguiente bajamos con caras cansadas y corazones exasperados. Las mujeres apenas hablaron con Bola de Sebo.

Sonó un timbre. Fue para un bautismo. La gorda tenía un hijo criado por los campesinos de Yvetot. No lo veía ni una vez al año, y nunca pensaba en él; pero el pensamiento del que iba a ser bautizado arrojó en su corazón una repentina y violenta ternura por los suyos, y quiso absolutamente asistir a la ceremonia.

En cuanto se marchó, todos se miraron entre sí, y luego se acercaron las sillas, pues estaba claro que al final había que decidir algo. Loiseau tuvo una inspiración: opinó proponer al oficial que se quedara solo con Bola de Sebo, y que dejara ir a los demás.

El Sr. Follenvie volvió a asumir la comisión, pero volvió a caer casi inmediatamente. El alemán, que conocía la naturaleza humana, lo había echado. Afirmó que retenía a todo el mundo hasta satisfacer su deseo.

Entonces irrumpió el temperamento populista de Mme. Loiseau: - "Pero no nos vamos a morir de viejos aquí. Como es su trabajo, esta moza, hacer esto con todos los hombres, no creo que tenga derecho a rechazar a uno antes que a otro. Le pregunto un poco, tomó todo lo que pudo encontrar en Ruan, ¡incluso cocheros! Sí, madame, ¡el cochero de la prefectura! Lo sé bien, compra su vino en casa. Y ahora que se trata de sacarnos del apuro, se comporta como una mocosa... Creo que esta funcionaria se está comportando muy bien. Tal vez ha estado privado durante mucho tiempo; y había tres de nosotros que sin duda habría preferido. Pero no, se conforma con el uno a uno. Respeta a las mujeres casadas. Piensa que es el maestro. Todo lo que tenía que hacer era decir "quiero" y podía tomarnos por la fuerza con sus soldados.

Las dos mujeres se estremecieron. Los ojos de la bella Mme. Carré-Lamadon brillaban, y estaba un poco pálida, como si ya sintiera que el oficial la había tomado por la fuerza.

Los hombres, que habían estado hablando lejos, se acercaron. Loiseau, furioso, quiso entregar a "este desgraciado" atado de pies y manos al enemigo. Pero el conde, que había sido embajador durante tres generaciones y estaba dotado de un físico de diplomático, era partidario de la habilidad: "Debe decidirse", dijo.

Así que conspiraron.

Las mujeres se apretaron, se bajó el tono de voz y la discusión se generalizó, dando todos su opinión. Todo fue muy correcto. Estas señoras encontraban sobre todo delicados giros, encantadoras sutilezas de expresión, para decir las cosas más escabrosas. Un extranjero no habría entendido nada, tan cuidadosas fueron las precauciones del lenguaje observadas. Pero como la leve tajada de pudor con la que se reviste toda mujer del mundo sólo cubría la superficie, florecieron en esta aventura bribona, se divertieron mucho en el fondo, sintiéndose en su elemento, jugueteando con el amor con la sensualidad de un cocinero codicioso que prepara la cena de otro.

La alegría volvió por sí sola, tan divertida les pareció la historia al final. Para el Conde, los chistes eran un poco atrevidos, pero estaban tan bien contados que hacían sonreír a la gente. A su vez, Loiseau soltó algunas bromas pesadas que no hicieron daño; y el pensamiento brutalmente expresado por su esposa dominó todas las mentes: "Ya que es el trabajo de esta chica, ¿por qué debería rechazar éste más que cualquier otro? La amable señora Carré-Lamadon parecía incluso pensar que en su lugar rechazaría a ésta menos que a otra.

El bloqueo se preparó largamente, como para una fortaleza invertida. Todos se pusieron de acuerdo sobre el papel que desempeñarían, los argumentos que utilizarían, las maniobras que tendrían que realizar. Se estableció el plan de ataques, las artimañas a utilizar y las sorpresas del asalto, para obligar a esta ciudadela viva a recibir al enemigo en la plaza.

Sin embargo, Cornudet se mantuvo al margen, completamente ajeno a este asunto.

La atención fue tan profunda que no se oyó regresar a Bola de Sebo. Pero el Conde soltó un leve "¡Silencio!" que hizo que todos los ojos se levantaran. Ella estaba allí. Se produjo un silencio abrupto, y una cierta vergüenza impidió que se le hablara al principio. La condesa, más flexible que las demás a las duplicidades de los salones, la interrogó: "¿Fue divertido este bautismo?

La gorda, todavía conmovida, lo contaba todo, y las figuras, y las actitudes, y el propio aspecto de la iglesia. Y añadió: "Es tan bueno rezar a veces.

Sin embargo, hasta el almuerzo, las damas se contentaron con ser amables con ella, para aumentar su confianza y docilidad a sus consejos.

En cuanto estuvieron en la mesa, comenzaron a acercarse a ella. Al principio hubo una vaga conversación sobre la devoción. Se citaron ejemplos antiguos: Judit y Holofernes, luego, sin razón alguna, Lucrecia con Sexto, Cleopatra haciendo pasar por su lecho a todos los generales enemigos y reduciéndolos al servilismo de esclavos. Entonces se desplegó en la imaginación de estos ignorantes millonarios una fantásica historia en la que las mujeres de Roma debían dormir a Aníbal en Capua entre sus brazos, y con él a sus lugartenientes y a la falange de mercenarios. Citaron a todas las mujeres que habían detenido a los conquistadores, que habían hecho de su cuerpo un campo de batalla, un medio de dominación, un arma, que habían derrotado a seres horrendos u odiados con sus caricias heroicas, y que habían sacrificado su castidad a la venganza y la devoción.

Incluso se habló veladamente de la inglesa de una familia numerosa que se había dejado inocular una horrible y contagiosa enfermedad para transmitirla a Bonaparte, que se había salvado milagrosamente por una repentina debilidad en el momento de la fatal cita.

Y todo ello contado de forma adecuada y moderada, en la que a veces había un entusiasmo deliberado capaz de suscitar la emulación.

Se podría haber pensado, al final, que el único papel de una mujer en este mundo era un sacrificio perpetuo de su persona, una rendición continua a los caprichos de los soldados.

Las dos buenas hermanas no parecieron escuchar, perdidas en sus profundos pensamientos, Bola de Sebo no dijo nada.

Durante toda la tarde se quedó pensando. Pero en lugar de llamarla "madame", como habían hecho hasta entonces, se limitaron a decir "mademoiselle", sin que nadie supiera por qué, como si hubieran querido hacerla descender un peldaño en la estima que había subido, para que se avergonzara de su situación.

Justo cuando se servía la sopa, reapareció M. Follenvie, repitiendo su frase del día anterior: "El oficial prusiano ha preguntado a la señorita Elisabeth Rousset si no ha cambiado de opinión todavía.

Bola de Sebo respondió secamente: "No, señor.

Pero en la cena la coalición se debilitó. Loiseau tuvo tres frases desafortunadas. Todos se esforzaban por encontrar nuevos ejemplos y no encontraban nada, cuando la condesa, quizá sin premeditación, sintiendo una vaga necesidad de rendir homenaje a la religión, preguntó a la más anciana de las monjas sobre los grandes hechos de la vida de los santos. Ahora bien, muchos de ellos habían cometido actos que serían crímenes a nuestros ojos; pero la Iglesia absuelve fácilmente estos crímenes cuando se hacen por la gloria de Dios, o por el bien del prójimo. Este fue un argumento poderoso: la Condesa lo aprovechó. Entonces, ya sea por uno de esos acuerdos tácitos, esas complicidades veladas, en las que sobresale cualquiera que lleve un hábito eclesiástico, o simplemente por el efecto de una feliz desinteligencia, de una útil estupidez, la vieja monja dio a la conspiración un formidable apoyo. Se pensaba que era tímida, pero se mostró audaz, verborreica y violenta. A ésta no le preocupaban los tanteos de la casuística; su doctrina parecía una barra de hierro; su fe nunca vacilaba; su conciencia no tenía escrúpulos.

El sacrificio de Abraham le pareció sencillo, pues habría matado al padre y a la madre de inmediato por una orden de lo Alto; y nada, en su opinión, podía desagradar al Señor cuando la intención era loable. La Condesa, aprovechando la sagrada autoridad de su inesperada cómplice, le hizo hacer una edificante paráfrasis de aquel axioma moral: "El fin justifica los medios".

Ella le interrogó.

- Entonces, hermana mía, ¿crees que Dios acepta todos los caminos y perdona el hecho cuando el motivo es puro?

- ¿Quién podría dudarlo, señora? Una acción que es censurable en sí misma a menudo se convierte en meritoria por el pensamiento que la inspira.

Y así siguieron, desentrañando las voluntades de Dios, previendo sus decisiones, haciendo que se interesara por cosas que realmente tenían poco que ver con él.

Todo esto fue disimulado, hábil, discreto. Pero cada palabra de la santa muchacha de la cornisa rompía la indignada resistencia de la cortesana. Luego, cuando la conversación se alejó, la mujer de los rosarios colgantes habló de las casas de su orden, de su superiora, de ella misma y de su bonita vecina, la querida hermana Saint-Nicéphore. Los llamaron a Le Havre para

atender a cientos de soldados con viruela en los hospitales. Los describió, a estos desgraciados, y detalló su enfermedad. Y mientras estaban detenidos en su camino por los caprichos de este prusiano, ¡podría morir un gran número de franceses a los que podrían haber salvado! Su especialidad era ocuparse de los militares; había estado en Crimea, en Italia, en Austria, y, contando sus campañas, se reveló de pronto como una de esas monjas con tambores y trompetas que parecen hechas para seguir los campamentos, recoger a los heridos en los remolinos de la batalla y, mejor que un jefe, domar con una palabra a los grandes soldados indisciplinados; una verdadera hermana buena de Ran-tan-plan, cuyo rostro devastado, lleno de innumerables agujeros, parecía una imagen de la devastación de la guerra.

Nadie dijo nada después de ella, tan excelente fue el efecto.

Nada más terminar la comida, subieron a sus habitaciones y no bajaron hasta bien entrada la mañana del día siguiente.

El desayuno era tranquilo. La semilla sembrada el día anterior tuvo tiempo de germinar y dar su fruto.

La Condesa propuso dar un paseo por la tarde; entonces el Conde, como se había acordado, tomó el brazo de Bola de Sebo, y se quedó detrás de los demás, con ella.

Le hablaba con ese tono familiar, paternal y ligeramente despectivo que los pijos utilizan con las chicas, llamándola: "mi querida niña", tratándola desde la altura de su posición social, de su incuestionable honorabilidad. Inmediatamente fue al centro de la cuestión:

- ¿Así que prefieres dejarnos aquí, expuestos como estás a toda la violencia que seguiría a un fracaso de las tropas prusianas, antes que consentir una de esas indulgencias que has tenido tan a menudo en tu vida?

Bola de Sebo no respondió nada.

La tomó de la mano, por el razonamiento, por los sentimientos. Sabía cómo seguir siendo "Monsieur le Comte", al tiempo que se mostraba galante cuando era necesario, cumplidor, amable al fin. Exaltó el servicio que ella le prestaría, habló de su gratitud; luego, de repente, dirigiéndose alegremente a ella: -Y sabes, querida, que puede presumir de haber probado una chica bonita como no encontrará muchas en su país.

Bola de Sebo no respondió y se reincorporó a la compañía.

En cuanto regresó, subió a su casa y no volvió. Estaba muy preocupada. ¿Qué iba a hacer? Si se resiste, ¡qué vergüenza!

Sonó la hora de la cena; la esperaron en vano. El Sr. Follenvie, que entró en ese momento, anunció que la Srta. Rousset se sentía indispuesta y que podían sentarse a cenar. Todos escucharon con atención. El conde se acercó al posadero y, en voz baja, le dijo: "¿Es eso? - Sí". Por conveniencia, no dijo nada a sus compañeros, sino que se limitó a asentir ligeramente. Inmediatamente un gran suspiro de alivio salió de todos los cofres, una alegría apareció en los rostros. Loiseau gritó: "¡Saperlipopette! Pagaré el champán si podemos encontrarlo en el establecimiento"; y Mme. Loiseau tuvo una angustia cuando el jefe volvió con cuatro botellas en las manos. Todo el mundo se había vuelto repentinamente comunicativo y ruidoso; una traviesa alegría llenaba los corazones. El conde pareció darse cuenta de que Mme. Carré-Lamadon era encantadora, el fabricante felicitó a la condesa. La conversación era animada, alegre, llena de rasgos.

De repente, Loiseau, con cara de angustia y levantando los brazos, gritó: "¡Silencio!". Todos se callaron, sorprendidos, casi asustados ya. Luego estiró la oreja, diciendo "¡Shh!" con ambas manos, levantó los ojos hacia el techo, volvió a escuchar y reanudó, con su voz natural: "No te preocupes, todo está bien.

Uno dudó en comprender, pero pronto se le escapó una sonrisa.

Al cabo de un cuarto de hora volvió a empezar la misma broma, y la repitió a menudo por la noche; y fingió llamar a alguien del piso de arriba, dándole consejos de doble sentido sacados de su mente de viajero. A veces ponía cara de tristeza y suspiraba: "Pobre chica", o murmuraba entre dientes con rabia: "¡Mendigo prusiano! A veces, cuando ya no le daba importancia, pronunciaba con voz vibrante: "¡Basta, basta!", y añadía, como si hablara consigo mismo: "Espero que la volvamos a ver; ¡que no la haga morir, el muy desgraciado!

Aunque estas bromas eran de un gusto deplorable, no divertían ni herían a nadie, pues la indignación depende del entorno tanto como cualquier otra cosa, y la atmósfera que se había creado poco a poco a su alrededor estaba cargada de pensamientos descarados.

A los postres, las propias mujeres hicieron ingeniosas y discretas alusiones. Los ojos brillaban; se había bebido mucho. El Conde, que conservaba, incluso en sus desviaciones, su gran apariencia de gravedad, encontró una comparación de muy buen gusto entre el fin de la invernada en el Polo y la alegría de los náufragos que ven abrirse un camino hacia el sur.

Loiseau, lanzado, se levantó con una copa de champán en la mano: "¡Brindo por nuestra liberación! Todo el mundo se puso en pie; le aclamaron. Las dos monjas mismas, solicitadas por las damas, consintieron en mojar sus labios en este vino espumoso que nunca habían probado. Declararon que se parecía a la limonada con gas, pero que era más fina.

Loiseau resumió la situación.

- Es una pena no tener un piano porque podrías pinchar una cuadrilla.

Cornudet no había dicho una palabra, no había hecho un gesto; incluso parecía sumido en pensamientos muy serios, y a veces sacaba, con un gesto de enfado, su gran barba que parecía querer alargar aún más. Por fin, hacia la medianoche, cuando nos íbamos a separar, Loiseau, que se tambaleaba, le dio de repente unos golpecitos en el estómago y le dijo, tartamudeando: "Esta noche no es una broma; no dice nada, ciudadano..." Pero Cornudet levantó de repente la cabeza y, mirando alrededor de la compañía con una mirada fulminante y terrible: "¡Os digo a todos que acabáis de hacer una infamia!" Se levantó, fue a la puerta, repitió una vez más: "¡Una infamia!" y desapareció.

Esto fue un poco chocante al principio. Loiseau, estupefacto, permaneció mudo; pero recuperó la compostura, y entonces, de repente, se retorció, repitiendo: "Están demasiado verdes, mi viejo, están demasiado verdes. Cuando nadie entendía, contaba los "misterios del corredor". Entonces se produjo un tremendo estallido de alegría. Las señoras se lo estaban pasando en grande. El Conde y M. Carré-Lamadon lloraban de la risa. No podían creerlo.

- ¿Está seguro? Él quería...

- Te digo que lo he visto.

- Y ella se negó...

- Porque el prusiano estaba en la habitación de al lado.

- ¿No es posible?

- Te lo juro.

El recuento era asfixiante. El industrial se comprimía el estómago con ambas manos. Loiseau continuó:

- Y, como comprenderás, esta tarde no le hace ninguna gracia, en absoluto.

Y los tres se fueron, enfermos y sin aliento.

Nos separamos en ese momento. Pero Mme. Loiseau, que era de naturaleza ortiga, le comentó a su marido, justo cuando se iban a acostar, que "esa pícara" Carré-Lamadon se había reído de forma amarga toda la noche: "Ya sabes, las mujeres, cuando se trata del uniforme, si es francés o prusiano, les da igual. ¡Si eso no es una pena, Señor Dios!

Y durante toda la noche, en la oscuridad del pasillo, se oyeron estremecimientos, ruidos leves, apenas perceptibles, como respiraciones, el roce de los pies descalzos, crujidos imperceptibles. Y no dormimos hasta muy tarde, ciertamente, pues los chorros de luz se deslizaban por debajo de las puertas durante mucho tiempo. El champán tiene ese efecto; se dice que perturba el sueño.

Al día siguiente, un claro sol de invierno hacía que la nieve fuera deslumbrante. El carruaje, por fin enjaezado, aguardaba frente a la puerta, mientras un ejército de palomas blancas, hinchadas en sus gruesas plumas, con un ojo rosado, manchado en el centro con una mancha negra, caminaba gravemente entre las patas de los seis caballos, y se buscaba la vida en el estiércol humeante que esparcía.

El cochero, envuelto en su piel de oveja, brindaba con una pipa en el asiento, y todos los alegres viajeros empacaban rápidamente las provisiones para el resto del viaje.

Sólo quedaba la Bola de Sebo. Ella apareció.

Parecía un poco turbada, avergonzada; y avanzó tímidamente hacia sus compañeras, que todas, con el mismo movimiento, se apartaron como si no la hubieran visto. El conde tomó el brazo de su esposa con dignidad y la alejó de ese contacto impuro.

La gorda se detuvo, aturdida; luego, haciendo acopio de todo su valor, se acercó a la esposa del fabricante con un humilde susurro: "Buenos días, se-

ñora. La otra hizo un pequeño e impertinente saludo con la cabeza, que acompañó con una mirada de virtud ultrajada. Todos parecían estar ocupados y se mantenían alejados de ella como si hubiera traído una infección en sus faldas. Luego se apresuraron a llegar al carruaje, donde ella llegó sola, la última, y en silencio retomó el lugar que había ocupado durante la primera parte del viaje.

Parecía que no la veían, que no la conocían; pero la señora Loiseau, mirándola desde la distancia con indignación, le dijo medio en voz alta a su marido: "Es una suerte que no esté a su lado."

El pesado carruaje se puso en marcha y el viaje comenzó de nuevo.

Al principio no se hablaba. Bola de Sebo no se atrevió a levantar la vista. Se sintió al mismo tiempo indignada contra todos sus vecinos, y humillada por haber cedido, manchada por los besos de este prusiano en cuyos brazos se había arrojado hipócritamente.

Pero la Condesa, dirigiéndose a Mme. Carré-Lamadon, no tardó en romper el doloroso silencio.

- ¿Creo que sabe, Mme. d'Etrelles?

- Sí, es una amiga mía.

- ¡Qué mujer tan encantadora!

- ¡Encantador! Una verdadera élite, muy educada, y una artista hasta la punta de los dedos; canta maravillosamente y dibuja perfectamente.

El fabricante charlaba con el conde, y entre el estruendo de las ventanillas surgía a veces una palabra: "Cupón - vencimiento - prima - plazo".

Loiseau, que había arrebatado el viejo juego de cartas de la posada, engordado por cinco años de roce en las mesas maltrechas, atacó un bezique con su mujer.

Las monjas tomaron de sus cinturones el largo rosario que colgaba, se persignaron juntas, y de pronto sus labios empezaron a moverse con brío, apresurándose cada vez más, apurando su vago murmullo como en una carrera de oremus; y de vez en cuando besaban una medalla, se persignaban de nuevo, y luego volvían a empezar su rápido y continuo murmullo.

pensó Cornudet, inmóvil.

Después de tres horas de viaje, Loiseau recogió sus cartas: "Tiene hambre", dijo.

Entonces su mujer metió la mano en un fardo atado y sacó un trozo de ternera fría. Lo cortó limpiamente en rodajas finas y firmes, y ambos comenzaron a comer.

- Hagamos lo mismo", dijo la condesa. Estuvieron de acuerdo, y ella desempaquetó las provisiones preparadas para los dos hogares. Era, en uno de esos jarrones alargados cuya tapa lleva una liebre de barro, para indicar que debajo hay una liebre en paté, una succulenta delicatessen, donde los ríos blancos de tocino recorrían la carne marrón de la caza, mezclada con otras carnes finamente picadas. Un hermoso cuadrado de queso Gruyere, traído en un periódico, llevaba impreso en su cremosa pasta las palabras "faits divers".

Las dos monjas elaboraron una ronda de salchichas que olía a ajo; y Cornudet, hundiendo ambas manos al mismo tiempo en los amplios bolsillos de su saco, sacó de uno cuatro huevos duros y del otro las cortezas de una barra de pan. Aflojó la cáscara, la arrojó bajo sus pies en la paja y comenzó a morder los huevos, haciendo que cayeran sobre su ancha barba manchas de color amarillo claro, que en ellas parecían estrellas.

Bola de Sebo, en el apuro y el susto de su levantamiento, no había podido pensar en nada; y miraba, exasperada, sofocada de rabia, a toda esa gente que comía plácidamente. Al principio se apoderó de ella una furia tumultuosa, y abrió la boca para gritarles con un torrente de insultos que se elevó a sus labios; pero no pudo hablar, tanto la exasperaba.

Nadie la miraba, nadie pensaba en ella. Se sintió ahogada en el desprecio de aquellos honrados canallas que primero la habían sacrificado y luego la habían rechazado como una cosa sucia e inútil. Entonces pensó en su gran cesta llena de cosas buenas que habían devorado con avidez, en sus dos pollos relucientes de gelatina, en sus patés, en sus peras, en sus cuatro botellas de Burdeos; y su furia se desvaneció de repente, como una cuerda demasiado tensa que se rompe, se sintió a punto de llorar. Hizo terribles esfuerzos, se puso rígida, se tragó los sollozos como los niños, pero las lágrimas subieron, brillaron en el borde de sus párpados, y pronto dos grandes lágrimas, saliendo de sus ojos, rodaron lentamente por sus mejillas. Otras las siguieron más rápidamente, fluyendo como gotas de agua que se filtran de una

roca, y cayendo constantemente sobre la curva de su pecho que rebota. Permaneció erguida, con la mirada fija, el rostro rígido y pálido, esperando no ser vista.

Pero la Condesa se dio cuenta y advirtió a su marido con una señal. Se encogió de hombros como si dijera: "Qué quieres, no es mi culpa. Mme Loiseau soltó una silenciosa carcajada de triunfo y murmuró: "Está llorando su vergüenza.

Las dos buenas hermanas habían vuelto a rezar, después de haber enrollado el resto de su salchicha en un trozo de papel.

Entonces Cornudet, que estaba digiriendo sus huevos, estiró sus largas piernas bajo el asiento de enfrente, se dejó caer, cruzó los brazos, sonrió como un hombre que acaba de encontrar un buen chiste y se puso a silbar la Marsellesa.

Todas las figuras se volvieron oscuras. La canción popular ciertamente no gustó a sus vecinos. Se pusieron nerviosos, molestos, y parecían dispuestos a aullar como perros al oír un organillo. Se dio cuenta de ello y no se detuvo. A veces incluso tarareaba la letra:

Amor sagrado a la patria,
Dirige, apoya, nuestros brazos vengadores,
La libertad, la apreciada libertad,
¡Lucha con tus defensas!

Huimos más deprisa, pues la nieve era más dura; y hasta Dieppe, durante las largas y lúgubres horas del viaje, a través de los baches de la carretera, a través de la noche que caía, y luego en la profunda oscuridad del carruaje, continuó, con feroz obstinación, su silbido vengativo y monótono, obligando a los espíritus cansados y exasperados a seguir la canción de un extremo a otro, a recordar cada palabra que aplicaban a cada compás.

Y Bola de Sebo no dejaba de llorar; y a veces un sollozo, que no podía contener, pasaba, entre dos versos, a la oscuridad.